

DE NUESTRA VIDA

AL SEÑOR ADMINISTRADOR DE LA «REVISTA DEL ROSARIO»

Compañero y amigo:

Accedo a tus deseos por medio de esta carta que reemplaza, al menos, el manoseado género de mis crónicas. Quizás, así, emprenda yo un camino de mayores errores, pero solázame el pensarlo porque entonces mis críticos, generosos y sabios, abundarán mejor en materia para disciplinar su sutileza. A ellos advierto solamente que persevero de ensayista y dejo a su cargo, por lo tanto, el rigor o la benevolencia.

En doble delito incurres, dilecto amigo, con tus instancias a que prosiga yo de cronista pues, sobre impulsarme a quebrantar el silencio que la prudencia me ordena para este año, atropellas, sin reparos, los miramientos que los lectores de la Revista a tu cargo se merecen. Quede, sin embargo, de tu exclusiva cuenta la responsabilidad de esa segunda falta que, para la primera, ya me demandarán los libros su hora de expiación.

Mucho dudé para resolverte como el destinatario de esta carta. Yo, pobrecito candidato a bachiller, mal avenido siempre con el triunfo y sus atributos, sentíame encogido para llegarme hasta ti, aprovechado alumno de leyes que, sin descanso, te abrazas a los libros como a tu pasión amada y te entregas a la aplicación como a tu solo e irresistible vicio. Mas, no pase esto de características tuyas, notables por su envidiable y rarísimo precio, y sirvan de más atendible disculpa a mis timideces—pues que me dirijo a un universitario de nota—la crecida ufanía, la orgullosa jactancia y la improvisada grandeza de que usa y abusa hoy una gran mayoría de los aspirantes a abogados. Bien ves, Tomás carísimo, que buena justicia asiste a quienes todavía cursamos literatura en medirnos pequeños con los crecidos señores de Facultad.

Pero un profundo conocimiento de tu modestia impídeme creer que tú pertenezcas a aquel grupo opulento e inspírame confianza para continuar escribiéndote, la casi persuasión en que me hallo de que aún no ha menoscabado tu inteligencia

la consagración prematura que se finge ahora regalo de la Universidad; de que todavía no son contigo aquellas licencias de grandeza, pasaporte seguro a la manía, y de que tus gestos se ciñen de continuo al elegante compás de la sencillez. Sí, de la sencillez, pues fastidia sobremanera observar la estudiada manera como muchos practican la elegancia, necesitando de fórmulas hasta para el corriente manejo de un taco de billar. Quizás olvidan los tales que la elegancia verdadera se rige únicamente por reglas de llaneza y se atiene sólo a los preceptos estrictos de la naturalidad. Mas, la necia afectación fácilmente se aúna al ridículo desenfado con que pretenden imponerse ciertas juventudes.

Y dejemos a la vera prefacios tan sabrosamente provocadores a la acrimonia e iniciemos, sobre nuestra regulada vida y sus escasas perturbaciones, un palique animoso por el que corran, sueltos, la limpieza de mi sinceridad y el frescor placentero de mis afectos.

¿De dónde hayan de arrancar mis relatos, cuando respiramos ya en pleno octubre y el resucitar meses pasados en perfecta virginidad de comentarios dibujaríame, a no dudar, como complacido y afanoso dispensador de ñoñeces?... Pero, no he de sacrificar mejores títulos a ingenuos calificativos que, por lo demás, me lisonjean ampliamente. Y, cautivado por ese ayer tan nuestro, me fugaré hacia él y sentaréme a repasar cariñosamente las intimidades que, hace noventa o ciento veinte auroras, fueron el palpitar de nuestras emociones; animaré mi pluma, retardándola en días fenecidos, e iré desperando ese pretérito bueno que colme esta epístola de especiales tonalidades.

Al trote desembarazado de aquehas jornadas emprendamos el tema.

Elijamos, Tomás Lombo, de primera fecha para evocar, la de esa tarde de febrero, día de mi matrícula en el Colegio; así, arrebujaada para muchos en recuerdos de un hogar lejano, revistámosla de la grandeza que estos sacrificios reportan; aureolemosla de firmes esperanzas, como a testigo de resueltos propósitos, y enmarquémosla, hasta para mayor armonía con la liviandad consiguiente a un final de vacaciones, enmarquemosla, propongo, en un salón espacioso, de hidalga llaneza y

confidencial penumbra, como es el de la Rectoría del Rosario. Campean allí y pueblan el señorial recinto, muebles de moderada etiqueta y, en un ángulo, llora sus prístinas opulencias un arcón de heráldicas preseas. Cubre el piso rojo tapiz de rendidas intensidades y, sobre los muros, lienzos de imperfectos trazos fingen las semblanzas de los libertadores de Colombia y de los magistrados que se amaestraron en estos claustros. El silencio santifica aquella sala en la mayoría de las horas, dando pábulo al sostenido estudio de su huésped y al lúcido gotear de sus jugosas meditaciones; pero, en los restantes tiempos, cólmase ella de vivísimas resonancias: es el entusiasmo de animados coloquios que, sobre la República, el mundo y sus mudanzas, sostiene un rosarista que se titula Rector con hombres y personajes que a su torno se sientan a entretener en sabiduría placenteros ocios. ¡Qué atrayente, en verdad, aquel cuadro, familiarísimo a tus ojos! ¡Qué amable placidez la suya y cuán acogedora la aristocracia de su ambiente!

Y no han de sorprenderte en mis labios, dóciles a la sátira y prestos frecuentemente a la risa estrepitosa, no han de sorprenderte, digo, esas mis aclamaciones a lugares de silencio y de reposo, porque en mi alma, bullanguera y alocada, vive, muy íntima, cierta sublime nostalgia, allí instilada amorosamente por mi ciudad materna, la tierra devota y taciturna, con presunción de alferazgos todavía y tedios genealógicos, el Buga apacible, colmado de hechizos y de cortesánias. Este recuerdo imprescindible de mi provincia sosegadamente me devuelve al nobilísimo marco de la Rectoría del Rosario. De sus lindes desaparecen ahora con la dulcísima sedancia del ambiente, el sosiego confidencial de su penumbra y el místico ritmo de sus horas; el augusto recinto ha de rebosar ya de toda la insolencia y el desenfado todo de cientos de estudiantes en trajín de matrículas y un desorden de atareos y premuras imprimirá por doquiera el irrespeto de sus arrebatos. ¡Cuántas veces, en medio a la vocinglería y al apretujamiento de tanto candidato a rosarista, cuántas veces mis ojos debieron de fugarse hacia los lienzos de los patricios colombianos, en demanda de urgente reprimenda, sin que mis deprecaciones hallasen otra respuesta que la eterna inexpressión,

de quesos semblantes! Nada decían a la juvenil intemperancia el señorío ilustre de aquel salón colonial, ni era freno para el tumulto la carga de tradición que ese sagrario de patriotismo respira. Porque, en la fecha a que aludo, no existía otra preocupación, no atenaceaba otro afán ni mordía otra desesperación a los muchachos que la de alcanzar, sin demoras el pasaporte para alumnos del Colegio. De lejos habían venido ellos a solicitar el señalado favor y, sólo por tan alto motivo, trocaron la dulzura y sencillez de sus provincias por el tráfago y amaneramiento de esta Bogotá capital.

Acogidos fervorosamente a la descrita Rectoría, como a escenario digno de una existencia de ideales, sigamos desenredando, señor Administrador, el apretado ovillo de nuestros días. Figuras de pró asistirán sin descanso este coloquio, las recias e hidalgas figuras de los superiores, arrogantes por un benévolo dominio y magníficas de bondad y solicitud. Para ellos palpita nuestra gratitud y arrodílese el alma en gesto de levantada reverencia.

En este punto mi carta, espontáneamente acude a ella el nombre de Arturo C. Posada para coronarse del cariño y del reconocimiento que, como a diligente Prefecto, le debe este Colegio. No faltarán condiscípulos a quienes disuenen mis elogios. Respetaré en unos pocos tales discrepancias; a los más los habré en buena cuenta para no darles mérito, porque, en conocidos círculos rosaristas, vive, solapada desde luego, la frase excesiva con qué tildar los ajenos procederes y los méritos en los demás suelen allí galardonarse con abrojos. Quién acusa de adulación la palabra de justicia con que se premie a Rectores y Maestros; quién atiborra de oportunismo cualquier modesto aplauso a un catedrático y no falta alguien de acedos epítetos para quien el trato con los superiores signifique «cepillo» y logro. ¿Acaso querrá matarse torpemente la familiaridad y el estímulo que nos merecen quienes nos dirigen y aleccionan?... Pero a qué maravillarse de tamaña incomprensión si ni los mismos éxitos en los estudios provocan el compañerismo en muchos condiscípulos! La palabra animadora de algún profesor a cualquiera de los alumnos da pábulo en corazones estrechos a clandestinos reproches y a

mal disimuladas protestas, y en muchos ratos, la vida del Colegio se torna áspera y mortificante. Dijérase aquello una irrupción sorpresiva de la pequeñez y de la envidia por estos claustros de grandezas y heroicidades.

Pero puede más la nobleza que todo ese regimiento de egoísmos, máxime cuando a estos les regala aquella con una exculpatoria comprensión.

Muchos, en leyendo mi anterior parrafada, condenarán en ella una desvergonzada exhibición de pasioncillas que la vida del internado suscita, y no carecerán de razón, sólo que yo, al divulgar, así tan sin rebozos, achaques que a otros no alarmarían ciertamente, encabezo apenas una amistosa campaña en contra de prácticas que dolorosamente prosiguen en su arraigue.

Viniéronme aquellas glosas a la cabeza cuando precisamente me introducía en justo homenaje a un servidor nuestro que abominó y persiguió como Prefecto, todas esas desmoralizadoras andanzas. Oportunos lucen, pues, mis reproches, y ellos, campechanos y noblotes, han de prestárseme de magnífico cuadro al retrato que intento de un hombre franco y caballero excelente.

En algún diciembre lejano solicitudes para una beca en el Rosario trajéronme a esta ciudad amplísima. Como primer paso de mis instancias obligábame un examen probatorio que presentar en el Colegio. Provinciano candoroso, aún no tocado de ese desparpajo con que dizque regalan las grandes metrópolis, lleguéme enfermo de timideces a mi desconocido jurado. Con mi imprudente franqueza, con esa hermosa sinceridad tan propia de las regiones ardientes, traía también para defenderme ante mis juzgadores un modesto acervo de conocimientos que hacían mis juveniles arrogancias. Una mesa de sencilla oficina se extendía a mis ojos; sobre ella: cartapacios de papeles, mal desempolvados adminículos de escritorio y manoceados libracos con inscripciones que, desde lejos, delataban una Secretaría de Colegio; contra la pared se empinaban estantes repletos de archivos y, frente a mí, ocupaban puesto dos examinadores de terribles sugerencias, ampliamente poseídos de su misión. Las dulces facciones de quien como Vicerrector se me había presentadologaron ins-

pirarme confianza y en la negrura de su traje talar arrojé todos mis temores, como en depósito de segura clemencia. No pudo, en cambio, despertarme simpatías el severo rostro de mi futuro Prefecto; poco me acomodó su sagaz mirada, accequible a todos los disimulos; sus anteojos me reflejaban dureza y de sus poblados bigotes surgían para mí aceradas plumas que condenarían inexorablemente mis respuestas. Temblé, pues, y el temblor es mortal compañero en solemnes instantes.

Pasaron los días hasta otro igual al que más antes delineara y, alumno ya del Colegio, comenzaron para mí cordiales relaciones con el aterrador señor de mi jurado.

Si nos fuera posible someter siempre las acciones a una natural experiencia; si ejerciéramos la tolerancia con la grata y decidida devoción que ella exige; si empapáramos nuestras impresiones en humanitarismo y benevolencia; si amáramos la rectificación, ¡cómo se embellecerían nuestros sentimientos! ¡cuánto adiestraríamos la reflexión! ¡en qué gran medida se nos fortalecería la voluntad y qué tino cobrarían entonces nuestros conceptos! Pero nos entregamos a la ligereza, nos rendimos al primer movimiento de nuestros impulsos y, so pretexto de juventud, nos abrogamos ridículos derechos, acometemos contra todos y todo, dilapidamos esfuerzos, sin siquiera razonar nuestros arrebatos, sin fijar a nuestros pasos derrotero, sin calcular consecuencias. Esto, y mucho más, me iba rezando la conciencia cuando, en mi cotidiano trato con el doctor Posada, se iba alejando y reemplazando por amistoso acercamiento la repulsión que, en un primer instante, él me inspirara.

No el porte físico, no el dominio imponderable de principesco trato, ni el donaire del gesto, ni la fascinación en el hablar labrarán la semblanza del hombre de mi homenaje. Accidentes son esos que, si bien encadenan las voluntades, no serán nunca definitivos atributos. Sobre este elogio perfilarán sus rasgos el carácter y el decoro de mando. Bien pueden reclamar puesto en los proceder del superior rosarista el error y los defectos, ellos acompañan toda humana existencia para realzar mejor las virtudes, los segundos, y llamar el primero a la corrección y al acierto.

Y ante mis palabras de carácter y mando, aquellos que siempre miraron en el doctor Posada al Prefecto neurasténico y hosco, al individuo malhumorado y amigo de venganzas e injusticias, sospecharán quizás para mi estampa una sucesión de acervas recriminaciones; otros, tal vez, sonrían satisfechos en espera de enarcados apóstrofes contra una dictadura en que ellos creyeron dócilmente. Mas, a todos advierto que por carácter yo entiendo una robustez de voluntad para cumplir los deberes, una intransigente rectitud de conciencia, una inflexible contextura moral. Y tales dones embellecieron y enaltecieron los actos del hombre de estos párrafos; sobre sus obras pasarán los días con un estimulante ruido de aplausos. Que si hubo impropiedades, que en algunos alumnos se descargó la cólera con sinrazón clarísima, aceptémoslo en gracia de humana flaqueza que acompaña, en veces, con sanas intenciones las difíciles labores de gobierno.

Al hablar de mando yo quiero referirme, no al bronco tono de voz con que tantos pretenden significar su imperio; no a los rudos modales de inciviles lineamientos que, en abundancia se estilan para sentar preponderancia; no al grosero vocablo, fuerza y razón en lenguas grotescas. Al hablar de mando, quiero referirme al diestro manejo de la disciplina de un Colegio, al acertado trato con los discípulos, a la pródiga vigilancia, a la comprensión admirable de caracteres y tendencias y al oportuno rigor para manejar juventudes. Y porque todo ello lució e hizo el poder de Arturo C. Posada, he titulado su mando de decoroso. Que vengan ahora incomprendidos y resentidos rosaristas a exigirme rectificaciones y a pedir para mis palabras pruebas de una invocada benignidad, y sabré aconsejarles la espiritual elegancia de sumir en el olvido las ofensas y daños y les responderé también que, bajo las apariencias de inflexibilidad y aspereza, suele latir con más vivas palpitaciones la verdadera suavidad y que de caracteres áridos para la dulzura y las zalemas, surte la delicadeza en manantiales riquísimos y la sinceridad en reconfortante pureza.

Al cerrar este elogio, rubrica mi pluma la misma satisfacción que fortalece mi espíritu, pues deja cumplido amplia y

públicamente un deber que ha luengos días me reclamaba la conciencia: la palabra de gratitud, perenne y rendido tributo al servidor sin dobleces que subyugó mi ánimo por lo ajustado de su autoridad y me conquistó el corazón con el dominio de su bondad.

Y me encaro ahora a un nuevo personaje, joven él y abogado, a quien de tímido motejara si no fuese Hernando Velásquez. Cárgase un reposado continente y su figura se alarga en una seductora sencillez; de su persona toda fluye magnífica la mansedumbre y es su rostro sin complicaciones y acompasa su andar una rigurosa discreción.

Creyérase, al verle deambular despreocupado por los claustros del Mayor, en un estudiante sin zozobras que rumia plácidamente gratísimos sueños de alumno interno para las tardes del domingo. Sin embargo, tenemos en él al Prefecto del Rosario, al sucesor de Arturo C. Posada, al mismísimo señor y responsable de la disciplina del plantel.

Físicamente sólo le señalan en su cargo unos quevedos de incómoda prestancia que mejor sentarían al rostro afilado de algún Prior conventual. El doctor Velásquez, para los rosaristas de 1935, no es el Superior de inaccesibles excelencias, es el amigo confidencial e hidalgo, el compañero magnánimo, listo siempre a dirimir contiendas y a compartir con nosotros penalidades y gozos.

Bien se desentrañan de tantas virtudes la ineficacia decidida del absolutismo y el invencible imperio de la caballerosidad. De aquel nacen el descontento y la rebeldía que sólo contienen en sus terribles estallidos el miedo y la personal conveniencia; del segundo emana una sólida paz que descansa confiada en amorosa obediencia.

Mucho se merecen estas bregas del internado una blandura de vida dónde alegrar las horas y símbolo de tal suavidad es el nombre de Hernando Velásquez. Su cuarto lo arropa un claroscuro familiar y hasta él se llega entre plegarias de cariño; para cada alumno eslabónase allí una cadena de estímulos, hecha de bondades y de complacencias.

Quienes compartimos y gozamos del sólido régimen del doctor Posada, nos ufanamos hoy al ver para su obra una lu-

minosa sucesión de consecuencias. Que ayer nos rigieran mayor sujeción y un rigor más estricto, en nada disminuye aquello el decoro de mando y la gentileza de gobierno de que se iluminan también la inequívoca holgura y la palpable elasticidad con que discurren los hechos del nuevo Prefecto.

Pero las cosas más íntimas adquieren mejor belleza entre coros de elocuente silencio. Callen, pues, mis aplausos y hablen sólo en su secreto lenguaje los corazones agradecidos.

¿Qué otras ocurrencias merecen su legajo en este familiar diálogo?... Muchas, en verdad, cautivan instantemente la atención, tres tan sólo he de confiarte para anudar mi carta. Henchidas de sugerencias te van ellas, amigo, y su casera belleza ha de surtir unas páginas más de tu Revista.

¿Recuerdas, Tomás Lombo—son muy recientes todavía para haberse fugado ya de tu memoria—recuerdas los escándalos prolongados y bochornosos de la Facultad de Medicina, que confundieron estas calles bogotanas y amotinaron los estudiantes contra científicos beneméritos, contra profesores ilustres y aún contra el propio jefe del Estado? ... Vulgares sucesos aquellos para que puedan prestarse de consideración a este amistoso escrito. Mas, no te inquiete su remembranza, ella ha de servirme de mero pretexto para decirte y comentar la creación en el Rosario de un centro cultural del bachillerato; ella también me obsequia con opulentos contrastes que rubrican y enaltecen nuestra incipiente Academia.

Si a la nueva sociedad trajéramos los vicios y excesos de aquel tropel juvenil, tales desmanes sufrirían una inmediata transformación: los mezquinos propósitos traduciríanse en ideales hazañas; reemplazaría al grito callejero, destemplado y extravagante a toda hora, la voz del espíritu, pulida y armoniosa; por el alarde y el irrespeto campearían la sencillez del pensamiento y el uso atinado del juicio, y trocaríanse en juegos de ingenio y en escarceos de la inteligencia los golpes de la bayoneta del gendarme, siempre abusiva y provocadora. ¡Así son de elevadas las miras y tan crecida la hermosura de intenciones que escoltan al círculo en mención!

Verás ahora clara la oportunidad de evocar un motín que, si barato de suyo, dá lugar sin embargo, a saludables reflexio-

nes. Mejor apreciarás mi designio cuando te recuerde y veamos que ese Centro, ilustre desde sus albores, se ideó y nació a impulsos de aquel movimiento.

En la Asamblea jurídica que amparan estos claustros convinose y se propuso alguna resuelta protesta contra la huelga estudiantil. Inspirábala la conciencia plena del espíritu del Mayor, ajeno a tumultos y a atropellos, y la ilustraba un común afán de reparación al patrono del plantel, acerbamente injuriado. ¡Preciosos motivos ellos, capaces por sí mismos de arrancar a todo corazón rosarista su animosa adhesión y la hubiésemos otorgado espontáneamente, nosotros los alumnos de Literatura, al haber poseído entonces una corporación reconocida, dónde presentarla, discutirla y aprobarla. Pero carecíamos de ella. En tales circunstancias, los señores de jurisprudencia, interpretando nuestro callado sentir, nos hicieron partícipes de su proposición, sin previa solicitud de nuestro dictamen. Tal resolución provocó entre nosotros ciertos bobalicones impulsos: descontentos y críticas rumorábanse y se secreteaban con insistencia; los corrillos ardían en comentarios, y no faltaron cuatro arriesgados oradores que entretuviéramos con nuestra inexperiencia estas uniformes horas del internado. Todo aquello lo miro ahora con morosa delectación; todo se reviste en mi fantasía con las bellezas del recuerdo y todo, hasta los excesos y posibles injusticias, se perfila y engrandece entre cordiales remembranzas. Ensánchase, pues, el corazón, se enriquece el espíritu de inmensa benevolencia y lo que ayer teníamos por censurable y vicioso, tórnase hoy en virtud y en laudable propósito. Por eso es actualmente para mí, generosa y recta, una disposición que, en su primera hora, me gritó tanta improcedencia y tan abultado atropello.

Y si así hubiere sido, ¿porqué no regalarla ahora de disculpas multiplicadas y de sinceros perdones si ella, ella tan sólo, nos deparó el pretexto para fundar en el Rosario una Academia Cultural, urgente y provechosa a todas veras?...

¡Que esta carta a tí endosada, amigo Lombo, me sirva para recordar a los compañeros la gratitud que le debemos y el aprovechamiento que hemos de hacer de la idea luminosa surgida en buena hora de mente amiga! y que el Centro fundado con responsa por nuestra parte a su título de cultural

que él nos sirva para estimular el estudio; que él inflame nuestras actividades en interés intelectual y nos adiestre en juegos del entendimiento que un mañana, afanoso y exigente, ha de reclamarnos ágil y alucinado.

Acepta ahora una esquivia memoria sobre la postrer elección de Colegiales. Ofréceseme ella de sentido aplauso a esos amigos cuyos méritos y conducta tiénenlos ya en la más alta distinción que estos claustros confieren y me asiste de lucido cumplimiento a un segundo punto de los tres que te tengo prometidos.

Ha sido en toda época la elección de Colegiales acto de especial solemnidad en la casa del Rosario. Estatuyólos el Fundador como prenda de estímulo entre los compañeros y motivo de orgullo para el Colegio. ¡Tánto exigía él en su escogencia y tántas excelencias habían de allegar los agraciados! Figúrome yo, jamás testigo de tales circunstancias, que un escalofrío de zozobra debe sobrecoger en ellas los espíritus; se cargará el ambiente de fervorosas plegarias y sobre el teatro de las responsabilidades aleteara la duda en fatigoso desasociado. Lo dicho atrás, y algo más, justificarán tamaña confusión. Pesan sobre los Colegiales difíciles obligaciones, recalca en tal manera la legislación del Instituto sobre las condiciones de los elegidos y han de acumularse, en veces, con igual brillo de atributos tantísimos nombres para candidatos, que la más rígida conciencia desconfiará, sin quererlo, por el acierto de su decisión. Recogen, por otra parte, las crónicas de todos los tiempos, figuras tan ilustres de consagrados, que timidez debe causar—escrúpulos me acometerían—manchar con incapaces sujetos aquella galería de rosaristas insignes.

Sin menoscabo de la anterior, creo con todo, que para esta última escogencia la batalla amenguará su rudeza. De probados quilates aparecían los candidatos y pesados conceptos y valiosas recomendaciones y elocuentes calificativos rondaban, desde meses, por sus nombres. En Chepe Villarreal cada cual presagiaba un seguro Colegial; advertíanoslo así su brillante talento y nos lo auguraban, con insistencia, su gentilísima bondad, su probada corrección y su emoción ante modestia.

Tobías Hernández marcada llevaba la frente para su dignidad; aún resuena el Aula Máxima de los aplausos otorgados cada año, al meritísimo estudiante y a diario discurren por el Rosario las loas y decires sobre sus dotes de caballero. Valiosas virtudes señalaban a Marcos Monsalve para la honrosa distinción: la disciplina del Colegio tiene en él un decidido servidor; débele el Rosario un ardiente cariño y los libros responden de su devoción y desvelo por el estudio. En cuanto a Saúl Saavedra, aún no carga él veinte años y luce ya sobre el pecho la insignia que aprestigiará a su padre. De magnífica atrévome a declarar esta elección. Ampliamente responde por ella una gallarda juventud y la respalda un espíritu, en formación apenas, que finge sin embargo la hermosura de aquel otro que, bajo los apelativos de Saavedra Galindo, cumplió, respetó y honró la lujosa investidura que le otorgara este Colegio Mayor. Signo clarísimo de la justicia con que el Rosario premia a sus hijos ilustres es la colegiatura para Saúl Saavedra. En ella responden la gratitud, jamás suficiente, la admiración y el afecto de esta casa por quien vivió sirviéndola y murió bendiciéndola; en ella perdurará la memoria de José Manuel Saavedra Galindo.

En tiempo de finalizar esta epístola, un tercer apunte acosa todavía mi pluma. Sugiéronlo urgencias de última hora a que esta vida de estudiantes nos apecha e impulsa. Mécese sobre él la incomprensión de ciertos dictámenes oficiales; cuida de personales emociones y festeja su prosa la inteligencia de muchos Colegios bogotanos, que devanaré como hilos preciosos.

Pero antes permítame, señor, un paréntesis que en poco me divorcie de mi anterior referencia y cargue, además, el indecible encanto de nuestras primeras impresiones rosaristas. Al resucitar esos días, poblados de sorpresas y novedades, en los cuales asoman muchas esperanzas y presájanse también hermosos triunfos, trato de significarte que el pasado seduce mejor el ánimo que el presente fanfarrón, y acendra con más veras nuestro afecto por el Mayor.

El ayer de fantasías vivísimas e imborrables sucesos, abroquelase en la ignorancia e ilusión de la vida como en plaza

fuerte donde irrumpen los gozos, asaltan de continuo las promesas y caen las amarguras apedazadas por el reír.

En el presente aletárgase la existencia en congijas fatales, la experiencia vierte sus jugos amargos, caducan las esperanzas, pierden su primitivo entusiasmo todos nuestros pasos, los días discurren en una monotonía de cosas sabidas, pasan, se alejan y se pierden con un mohín de desilusión; los mismos afectos se debilitan y fenecen; agóstanse las amistades a golpes de deslealtad y una amarga indiferencia empieza a invadir los corazones.

El ayer nos habla de mejores andanzas, guarda para nosotros un místico sentido y en sus animadas páginas y en sus plácidos recuerdos y en la profunda sinceridad de nuestros actos tráenos consuelos, proporciónanos entusiasmos, hártanos de positiva satisfacción.

Del atractivo de ese preterito, que se nos apunta en cada día que corremos, de aquella seducción sácanme veraz compañeros afligidos por la muerte de un hermanito cuya eterna ausencia voltea, de continuo, en los telares de su imaginación; allí se confunde con memorias pasadas, píntase de subidas ternuras y distiende en los corazones sus hebras de nostalgia que se alargan y agrandan en un presente brumoso donde faltan los mimos, de donde han emigrado las sonrisas, donde se han disipado las gracias de ese sér amado para no quedar como consuelo sino el recuerdo, el ayer piadoso complacido y soleado.

La liviandad y el descontento de este hoy, que asesina con su experiencia la ilusión acariciada ayer en las cosas, los publican y ponderan la indiferencia y el desinterés nuestro por un acto, antaño trascendental, emocionante y festejado: la elección de Colegiales arriba comentada. Quizás te haya insinuado ya que esa fiesta implica grandeza, distinción y gloria. Añadiré más: a su imagen le debo crecidos devaneos y repetidas ficciones. Ocultábame ella insondables misterios, y un ritual exagerado y un acopio de ceremonias ocurríanseme para su celebración. Ser Colegial me traducía mi títulos nobiliarios, remedábame alcurnias y exigíame gorgueras, jubones y cortesanos anuncios. Y a fe que esas imaginaciones casan

perfectamente con la dignidad que las provoca y hubiera yo de compartirlas a toda hora si la familiaridad y el cotidiano trato con los investidos no atrofiaran sus excelencias.

Recién llegado al Colegio, hablaba paso, amainaba mis ímpetus y acaso reverencias tributaba al paso de los Colegiales. Cruzaban por estos claustros grandiosas versiones, exageradas en véces, sobre sus personas y miramientos y mi ordinarioz lugareña a todo atendía, incauta y sumisa. Ayudábame a ello además, prerrogativas establecidas e impuestas distinciones.

Sorprendíame observar cómo en la mesa cinco rosaristas esquivaban la compañía de sus condiscípulos para ocupar lugar destacado y, desconociendo la tradición, a orgullo atribuía aquel apartamiento. Pero—irónico caso—la supuesta soberbia apuraba mis respetos. Confundíame el arresto de esos mismos señores al avanzar, por delante de todos, hasta el pie del altar para seguir en la capilla los ejercicios de regla, e ignorando la costumbre tenía aquella arrogancia a indisciplina e insubordinación. Y en la altanería buen estímulo hallaban mis honras. No menores acatamientos ni más reducidas sugerencias discerníame la estrellada condecoración que tú y Murcia, Quiñones, Ospina y Nates lleváis a vuestra solapa. De más intenso brillo y superior calidad que nuestros escudos, fantaseábame ella opulencia en vuestros haberes y excitaba afanosamente mis cumplidos. Pero todo lo fue borrando la costumbre y aquellos respetos sumieron en el pasado. De su silencio sácalos hoy esta memoria con que obsequio a tu altísima dignidad.

Cuidemos, ahora sí, al tercer punto del final de esta carta. Díjete, al enunciarlo, que él recogería personales emociones y, en tal atención, te lo entrego bajo pórtico de íntimo contenido. Guarda el, y desdobra, si lo intentamos, pulcros dibujos sobre los que sonríen y colorean encantos y donosuras que nos pintan los primores de un hogar ejemplar.

Te invito, pues, a casa de Gabriel Betancur, amigo de subidos quilates y gran señor en su ascendencia y porte. Es el día de su llegada de Medellín, y ha querido mi estimación ofrendarle con un saludo cordial. No te atormenten, Tomás,

las exigencias e incomodidades de la etiqueta. En esa mansión destella la hospitalidad con luces de sin igual viveza; dócil sencillez reparte y mide sus claridades; virtudes de cristianísimos fulgores imprimen por doquiera sus brillos y un embrujo indefinible serpentea por todas partes, luminoso y desatado.

Con tan confortadores anuncios accederás a llegarte conmigo hasta un proporcionado salón, que hidalgo de reposado continente preside y ennoblece desde su efigie. Todo reviste allí coloridos de grandeza y borda una trama de magnificencias la selecta y populosa biblioteca que enreda en cada tomo, al nombre de Silvio Villegas, su dueño, un rosario de imperecederas glorias. Tal el escenario de inconfundible memoria donde discurra nuestra visita al amigo que, en frase suelta y animado relato, tiene por decirnos proezas y hazañas de los normalistas católicos de Medellín y por contarnos, a manera de encomio al holgado vivir de la provincia, impresiones y gozos que la tierra antioqueña despierta, todo con el esquivo y durísimo acento de la montaña, que presta a la charla especial fortaleza.

Pero te preguntarás quizá, dónde pueda llevarnos aquella descripción y la impensada visita a que te he conducido. Y, si bien te recuerdas, hallarás, sin duda, un aviso mío sobre las andanzas que nuestra condición de estudiantes nos impone a ratos para defender intereses justísimos.

Si prolongas la entrevista con Gabriel Betancur, oirás los aprietos que apuran a los muchachos antioqueños para resolver afectuosamente con el Gobierno conflictos estudiantiles y escucharás también el anhelo de reformas que para los exámenes de revisión aspiran ellos. No se te escapan las deficiencias y anormalidades que aquellos certámenes han encerrado siempre ni se te oculta el derecho que nos asiste para impetrar reformas razonadas y prudentes y esperar para ellas la debida atención.

Cada año, los estudiantes que concluyen bachillerato atraviesan por fatales zozobras. Las pruebas vigentes el año anterior para el ingreso a la Facultad sufren en el siguiente un vuelco total, de insoportables molestias; truécense en el pos-

terior en abolición absoluta y luego se funden en enfadosos moldes de que se aparta y excluye impensadamente las asignaturas capitales en la carrera del Derecho. Convendríamos todavía en esa continua versatilidad, capaz acaso de aceptable explicación, si ella viniera en apropiada época. Así los alumnos perderían hasta el derecho de alegar falta de tiempo para preparar sus materias. Pero es el caso que ciento veinte días antes del terrible paso, quiero decir en agosto, es cuando suele publicarse las resoluciones para exámenes de revisión.

Esa consideraciones, y algunas otras de estemporánea mención, fueron desfleándose en aquella visita de amigos y enhebraron ellas poderosos motivos con los cuales forjar un memorial al Ministro que dijera, con nuestra simpatía por la revisión, la voluntad general de los estudiantes de obtener razonablemente un examen, especializado según las diversas Facultades. Allí se empinaba un estilo culto y moderado, capaz, en su corrección, de inclinar la voluntad más rebelde. Y para callar el argumento de la inconveniencia de nuestras aspiraciones, dado el descuido que cada cual infligiera a las materias, no incluidas en la especialización, buen cuidado tuvimos de hacer la solicitud, en nombre sólo de quinto y sexto años, es decir, los cursos que rezan precisamente con la especialización pedida, sin menoscabo alguno de las demás materias del bachillerato.

Con descripciones y escenas, inútiles a primera vista, me he introducido benignamente en tema tan principal. De él salgo satisfecho, dejando explicado un apuntamiento mío sobre discutibles dictámenes oficiales. Mas no puedo firmar la epístola, sin antes dedicar un párrafo al saludable entendimiento entre los Colegios de Bogotá, que he prometido devanar cuidadosamente. A él nos trajo el comentado memorial cuya franca aceptación de Superiores y Rectores envanece y acredita nuestra empresa.

De plantel en plantel, por Colegios, Liceos y Escuelas, aventónos nuestro afán de imponer aquel pedimento y buscarle adhesiones, que en todas partes las hubimos espontáneas. De las negativas retribuyónos satisfechamente el razonamiento.

A tres sociedades educativas somos deudores afanosos de buena acogida y mejores impresiones: a la de «San Bartolo-

mé», encendida en magnificencias, cuya vida cuaja un sartal de valores para la República, sus Directores son almas perfectas, talladas en virtud y en ciencia; a la de «El Nariño», de data recientísima y sin embargo pesada en lozanos frutos y a la del Liceo de «La Salle», cuya amplitud y firmeza remedan bien la penetración y el carácter de sus discípulos.

En esa marcha detenida y cuidadosa por tantas casas de cultura, fue mi espíritu almacenando detalles que componen ahora una saludable experiencia: ayer el ánimo se movía a impulsos de prejuicios y consejas y cada Colegio tenía a mis ojos únicamente el aspecto que ligeras apreciaciones les daban; ignoraba yo de aquellas Instituciones su sentido espiritual, el colorido de su vivir, el pensar suyo y los enigmas que su alma guarda; medía los demás Colegios por la magnitud que el del Rosario me dictaba y a todos los pulsaba en relación con la alteza del Mayor, cuando para conocer mi hogar espiritual, se me precisaba una labor contraria; arrancar del ajeno la belleza para parearla y pesarla con la del propio. Así ha de procederse en todo juicio para matar el apasionamiento y poder apreciar con más justeza lo que amamos.

Mi admiración por el Rosario no se sustenta ahora en tradiciones ni apariencias, pues se ha hecho fuerte y profunda como la reflexión y el estudio que hoy la animan, porque las excelencias del Mayor viven ya en mi corazón a base sólo de meditado cotejo con los otros Colegios y faceta su alcurnia e linaje esclarecido de los pares en apostolado. A la sombra de Lobo y Guerrero, Cristóbal de Torres yergue más distinta su estampa de fundador; la historia rosarista se precisa más y sus hombres crecen mejor en la confrontación con hechos personajes ilustrativos de otras casas; se me clarifica y repuja conformemente el mapa espiritual del Mayor a los resplandores y contrastes de los distintos centros de instrucción y, en esas sucesivas relaciones, el afecto por el Rosario orquesta en mi alma acentos de inequívoco aprecio.

No es mi devoción, sin embargo, de las que encubren defectos, y he de decir que para nuestro natural hogar, gestionable y ligero, a maravilla viene el ejemplo recogido e los claustros bartolinos. Es un rasgo de energía, una expresión de independencia en el pensar, una aguda nota de con-

ciencia en los actos la que Alfonso Pérez, antioqueño de precisos contornos y carácter de limpia aristocracia, supo imprimir en un momento preciso, de esos en que se descubre al hombre y puede apreciarse su entereza.

Apenas presentado el memorial al Colegio jesuíta, obtuvo allí él una aceptación que, de incansable calificaría, si no la hubiesen hecho vacilar, en un momento, apreciaciones, respetables, en todo caso, por abiertas y sinceras. Mas, tales cuestiones, en vez de mortificación, trajeron a nuestro ánimo grata complacencia pues convenientemente nos repetían que toda resolución requiere para su acierto estudio y meditación.

Ignorantes de aquellos titubeos y ufanos con el triunfo que esperábamos realizar, penetramos una tarde a la vieja casa de «San Bartolomé». Ibamos a levantar las firmas para nuestro oficio. Nos llovieron ellas fervorosas, del quinto curso, en el sexto las cosas variaron notablemente. Contrariando el unánime aplauso de otras veces, saliéronnos entonces al encuentro los motivos y pareceres enunciados que, desde luego, nos delataron una renuencia indestructible. Sin embargo, como lo aclaran los pliegos del memorial, toda resistencia tiene su hora de quebranto.

Y viene mi ejemplo: El caballero, cuando empeña la palabra en alguna empresa, cúmplala aunque duela el ánimo y su ejecución acarree pesares y mortificaciones. Alfonso Pérez, tras de buena reflexión, habíamos prometido su nombre para el memorial tan citado. Y aquí le tenemos, en medio de discípulos, confabulados todos para una rotunda negativa. Quizás a la voz de un falso compañerismo o a la fuerza de una común voluntad, otro, de menor robustez de carácter hubiera flaqueado en su promesa. Alfonso nó, vástago de una integridad probadísima, toma la pluma y, en rasgos salientes y animosa tinta, graba sobre el papel su firma para asombro de los compañeros. ¡Bien vale el gesto una admiración sincera y un público tributo de simpatía!

Y he terminado el tema. La carta también ha tocado a su fin. Excúsale, Tomás, su vacuidad y extensión; absúelvelo sus deficiencias y errores y amortájala en tu noble amistad.

Tuyo afectísimo,

ALFREDO DELGADO PLAZA
Rosario Histórico